

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

su Majestad la había puesto, no para que se perdiese sino para que venciera su divina gracia. En otras ocasiones permitía el Señor pendencias en que salían heridos y castigados los instrumentos del infierno. Otras veces la hacía invisible, otras la vestía de resplandores, a cuya luz se retiraban los más ciegos y rabiosos lobos. Omíto muchos casos por ahora en que en semejantes riesgos acudió el cielo piadoso a sus voces y lágrimas con el remedio y con el consuelo, usando tal vez del rigor de su justicia contra los que abusaban de su divina paciencia y misericordia, por defender la honra de esta su santa sierva. Y así solía decir Catarina agradecida y reconocida a tantos beneficios: “A los que ponen en mí los ojos, Dios los destierra, castiga o mata”.

CAPÍTULO 25

PROSIGUEN LAS BATALLAS CONTRA SU PUREZA

1. Cómo la provocaban los demonios a la profanidad y un caso raro de una mujer profana

[294] Al paso que veía Lucifer la resistencia de esta criatura y lo que el cielo la defendía, se irritaba y enfurecía. Y como rebelde y obstinado inventaba nuevas baterías para rendirla. Le representaban todas las músicas y alegrías del mundo sus galas, sus saraos y todos sus vanos entretenimientos; le ponderaban su hermosura y todas las demás gracias con que se robaba los corazones de los hombres que la estimarían y celebrarían, si se dejase ver y servir, saliendo del rincón de su casa donde vivía despreciada, olvidada de las gentes y comiéndose de polilla por encerrada, que saliese al aire y se desapollillaría; que anduviese por las calles haciendo oficio de predicadora con su modestia; que se entrase por las casas de la ciudad y que publicase sus virtudes para que la imitasen y siguiesen las criaturas como a madre y maestra de perfección. A todas estas diabólicas razones solía responder Catarina despreciándolas con un mudo y prudente silencio; y tal vez ilustrada de Dios con palabras, diciéndoles: “Iros de ahí embusteros, pues sabéis que soy una bestia y la mayor pecadora del mundo, indigna de tratar y vivir entre cristianos; y de estos he aprendido que no hay peor polilla que la vanagloria a que pretendéis inducirme”. Parece que había leído u oído esta sierva de Dios el epíteto que dio un sabio a este dulce veneno y a esta

sabrosa ponzoña de las virtudes cuando llamó con agudeza a la vanagloria polilla, al revés de las virtudes. Porque, así como la material polilla se cría en los vestidos que están muy guardados y para matarla es buena industria sacarlos al aire para que se desapolillen, así la gloria vana se puede justamente llamar polilla al revés, porque ella no tiene poder, ni jurisdicción (por la mayor parte) contra las virtudes que se guardan, ni contra las obras que se esconden. Pero en sacándolas al aire, en haciéndolas porque los hombres las aplaudan, luego se apolillan y destruyen. Huyendo de este riesgo se encerraba Catarina y ocultaba sus buenas obras, haciéndolas con mucho recato y secreto. Y esto era lo que sentían los demonios y por eso con estas fantásticas apariencias procuraban inclinar su voluntad a la profanidad mundana; y juntamente causaban en su alma y cuerpo pensamientos y movimientos con tales visos y afeites que, aunque no eran suficientes para vencerla, sobraban para afligirla. Pero en sintiendo estas humaredas se volvía a su Dios humilde, llamaba a su santísima madre y se hallaba con luces superiores con que se desvanecían y deshacían estas borrascas, quedando vencidos, aunque no enmendados, los ejércitos infernales que volvían a embestirla, castigando con crueldad y rabia su constancia hasta verla desfallecida; y valiéndose del desfallecimiento, repetían con halagos y cariños sus astucias transformados en ángeles de luz, como que venían a confortarla y alumbrarla. Le apoyaban una de las virtudes y la exhortaban a ella, porque no se ejercitarse en otras más perfectas, diciéndole: “Que aprendiese de fulana y fulano, personas virtuosas, a no envilecerse, a no cansar a sus confesores, a no acreditarse de santurrona y embustera con tanta frecuencia de sacramentos, con tanto silencio y retiro, y con tanta abstracción de las cosas del mundo; que gozase de lo que había criado el Todopoderoso para la recreación de los hombres en esta vida miserable”. Todas estas trazas se desvanecían con la humildad de Catarina, porque como ella se tenía por la mayor pecadora del mundo, les respondía: “Apartaos de mí, malditos, que ya os conozco y vuestros engaños. Yo sola soy la mala, yo soy la más ingrata de las criaturas y así tengo necesidad de más medicinas, de más resguardos y de mayor retiro. Si viviendo tan enfrenada y abstraída de todas las vanidades del mundo soy tan perversa, ¿qué fuera de mí si me metiera en su bullicioso mar?”.

[295] No la asistía solamente el cielo con luces y conocimientos para desvanecer las razones y representaciones del infierno, sino que también le manifestaba cómo por el abuso de todo lo que Dios había criado para el bien del hombre, estaba el mundo perdido. Le mostraba muchas almas en

particular con toda la fealdad de sus culpas por dejarse llevar de la vanidad y profanidad mundana, como se verá en los propios lugares de esta historia. Y aquí sólo pondré un caso u otro, que le manifestó el divino poder para que se arraigase y perseverase en el recogimiento y abstracción de las criaturas, huyendo de los gustos y entretenimientos del mundo; atendiendo sólo al negocio de su salvación, de que descuidada cierta mujer de esta ciudad que empleaba todo su entendimiento en darse parabienes de su hermosura, mirándose y remirándose en el cristal de varios espejos que tenía repartidos en su casa para este efecto, se esmeraba en andar ricamente aderezada y bizarramente lucida. Tenía siempre a la vista instrumentos músicos con que la divertían los de su familia y los que no lo eran, porque gustaba que le celebrasen. A todos cuantos concurrían se mostraba apacible; a todos festejaba, gastando más de lo que tenía. Y con esta vanidad presumida fueron creciendo los concursos de la gente ociosa y distraída, y se fue haciendo su casa lugar de recreación y placer. Esta era una de las casas que representaban los demonios a Catarina para que fuese ejemplar de su vida; y en esta misma casa, con más clara y superior luz, le mostraba Dios cuánto era de sus criaturas ofendido.

[296] Se le representaba repetidas veces a Catarina esta mujer, en lo exterior como la deidad de Chipre⁹⁹ en forma de sirena, pero en lo interior la veía vestida de culebras, otras veces de fuego, otras asida y aprisionada de demonios en figura de dragones y fieras, otras bailando sobre brasas, otras sobre un cuero de toro hecho una llama. Se le representaban también muchos de los que entraban a festejarla, en lo exterior narcisos, en lo interior monstruos fieros. Le preguntó al Señor qué significaban estas visiones de tan horrorosos objetos y le respondió: “Esos son los efectos de la vida del mundo con que te convidan los demonios envidiosos de tu recogimiento”. Por esta alma rogaba continuamente a Dios Catarina, por los daños que causaba y porque le afligía ver el estado infeliz en que vivía y el castigo que le esperaba en el infierno. Esta mujer tenía algún conocimiento de la sierva del Señor, Catarina, y encontrándose las dos un día, dijo a Catarina que por qué no la iba a ver a su casa; que fuese y divertiría sus melarchías.¹⁰⁰ Se excusó de la visita para que la convidaba, pero con tales palabras que traspasó el corazón de la señora profana, pareciéndole que había penetrado

⁹⁹ Se refiere a la diosa Afrodita.

¹⁰⁰ Melancolía, tristeza.

los secretos de su corazón. Divirtió por entonces la plática y se fue rumiando y glosando lo que había dicho Catarina. Aquella amarga verdad la inquietó de suerte que no se sosegó hasta volverse a encontrar con la que le había dado la herida. La saludó por segunda vez, esperando con atención y cuidado la respuesta y fue ésta tan al descubierto que, amenazándola con la divina justicia, le manifestó lo interior de su vida y lo más escondido de su conciencia. Se turbó la mujer y en lugar de venerar a quien la avisaba, se irritó contra ella y la trató de china embustera, hechicera, y con otros oprobios acompañados de acciones de desprecios, dándole en rostro con las costumbres de su gentilismo. Se despidió con humildad Catarina y se fue muy lastimada, no del maltratamiento, sino de ver la perdición de una alma redimida con la sangre de Cristo. No dejó de parecerse en algo esta señora a aquella moza de cántaro conocida por la Samaritana, pues cuando ésta vio que el divino maestro le iba averiguando la vida y costumbres hasta hacerla confesar su modo de vivir para zaherirle o barajar la plática que la amargaba, se puso a disputar con la fuente de la sabiduría sobre quién guardaba la ley verdadera, o los de Samaria o los de Jerusalén, diciendo a Cristo: “En este monte rindieron adoraciones a Dios y le tributaron culto nuestros mayores y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde conviene adorar la suprema deidad”. [Apostilla: Juan 4] [Apostilla: Cardenal Toledo]

[297] No quedó bastante desahogada esta nueva samaritana, y con la espina y acíbar de que hubiese quién conociera los secretos de su corazón, se hizo otra vez contradicha con Catarina y le dijo que, si se había acusado y depuesto ya el juicio temerario, porque le certificaba que no tenía ni había tenido amistad con ninguno. A esta certificación le respondió Catarina: “Bien veo que no tienes uno sólo, porque tienes a un tiempo cinco”. Se los nombró por sus nombres, añadió las circunstancias y la distinción de las horas en que los veía, haciéndole evidencia de su mala vida y de su obstinación con que tenía irritada a la divina justicia. No bastó para enmendarse este recuerdo, pero la obligó a confesar la verdad, diciendo: “Maldita sea esta china que penetra con su vista las casas y los corazones”. Prosiguió con su mala vida huyendo ya de encontrarse con Catarina, que cuanto más agraviada, clamaba más al cielo e instaba a Dios con lágrimas y suspiros por la conversión de esta alma, que era ruina de muchas. El Señor obligado de los ruegos y penitencias de su querida esposa, enviaba fuertes y repetidas inspiraciones a la oveja perdida y juntamente mostraba a Catarina las respuestas de su rebeldía. Porque algunas veces respondía a las divinas inspiraciones que no quería; otras, cerraba los oídos; otras, volvía las espaldas

a Cristo; otras, decía que a su tiempo que aún era moza; y siempre con las obras confesaba que quería seguir a Satanás y no a Cristo.

[298] Aunque la veía Catarina tan obstinada, no desistía ni cesaba de clamar y batallar con la divina misericordia, alegando que no sabía esta pobre criatura lo que se hacía. Que más era ceguedad la suya, que rebeldía; que en esta ocasión resplandecería más la divina bondad; y así que la alumbrase, que la convirtiese, pues era su divino poder infinito. Y viendo Dios la caridad de esta su esposa, acompañada de tantas penitencias y lágrimas que vertía por la salud de esta alma, le dijo un día el supremo juez: “No te desconsueles, Catarina, no te desconsueles, que yo te aseguro no pasará esta mala amistad del día en que se lee en mi iglesia el evangelio de la Samaritana”. Aún faltaban muchos meses para ese día señalado, pero en ese tiempo dispuso la divina misericordia que de los cinco, los dos se cansasen o se arrepintiesen; que el tercero se ausentase; que el cuarto saliese de la ciudad, por haberle avisado Catarina que si no salía luego, había de amanecer muerto y tirado en una calle con escándalo de la república; al quinto mató el Señor, y en medio de haber sido muy arriesgada su muerte, fue dichosa porque miró Dios a su infinita misericordia y a las muchas lágrimas e indelicibles tormentos que padeció esta alma justa por su salvación, sacándola de esta vida confesada y contrita, y porque se abreviasen como se le abreviaron sus penas en el purgatorio. No fue menos dichosa la que había sido ocasión y lazo en que vivían aprisionados todos estos hombres tan ciegos como perdidos, porque hallándose sin los objetos de su mal empleado amor, reconoció los beneficios que le hacía su redentor, y prorrumpiendo en alabanzas de su Dios se hizo predicadora de Cristo, como la otra samaritana, de quien hace mención el evangelista san Juan [Apostilla: Juan 4], engrandeciendo con palabras su inmensa bondad y misericordia infinita, y juntamente se mostró muy afecta y apreciadora de nuestra Catarina, persuadiéndose que por sus lágrimas y oraciones le había hecho Dios el beneficio de verse libre de las prisiones en que la tenía su ceguedad y malicia. Y finalmente se mudó de suerte que, si no despreciamos las tradiciones de la Antigüedad, pasó de mujer lasciva y desenvuelta, a ser una mujer arrepentida y justa, de quien podemos decir lo que dijo Salomón de la otra adúltera cuando maravillándose mucho: “De que vuele el águila por el aire y no deje señal de su vuelo. Que surque la nave los mares y no se conozca su rumbo por el rastro que deja. Que suba la culebra por la peña a lo alto y que no deje estampadas las huellas. Y sobre todo que para una virgen y desmienta el haber concebido y parido” [Apostilla: Proverbios 30]. Añade y dice el escritor sagrado: “Un

milagro y maravilla igual a las dichas, descubro yo en una mujer adúltera que comiendo se limpió tan bién la boca, que pudo decir yo he sido una santa”. Los Setenta entienden este lugar en buen sentido de la mujer convertida que habiendo sido ruin y cometido adulterios supo purificarse, de suerte que desmintió todas las culpas pasadas, como se vio en la Magdalena y se vio en esta alma adúltera, que se purificó de suerte que no se notó en ella rastro de las ruindades pasadas.

2. Violencias de demonios y sus astucias intentadas por medio de las criaturas, y conversión de una mala mujer por las oraciones de esta sierva de Dios

[299] Todas las operaciones de esta esclava de Jesús y María santísima serían de pólvora para que creciese el incendio furioso con que la aborrecía y perseguía el infierno, que se mancomunaba y convocaba para desahogar su ira, pidiendo con desvergonzada locura al supremo juez justicia contra ella por las almas que les quitaba. Y Dios, porque les quitase más y consiguiese más triunfos su gracia, les daba larga licencia y avisaba a esta su esposa de los combates y asaltos que le esperaban, a que se ofrecía resignada poniendo toda su confianza en la protección de su divino amante y de su sacratísima Madre, determinada a perseverar en su recogimiento y retiro.

[300] Por instantes se hallaba combatida de demonios, unos en forma de mancebos bizarros, que solos o acompañados de desenvueltas mujeres, la provocaban y aun martirizaban con abominables representaciones e indecibles fealdades que con cuidadosa advertencia omito por ser tan peligrosa esta materia, que vista, leída y aun soñada suele ser nociva, como se puede colegir de lo que nos dice la sagrada escritura del otro casto Joseph gobernador de Egipto, a quien mostró Dios en sueños con los símbolos del sol, luna y estrellas la felicidad que después de muchos infortunios y cuitas padecidas, había de tener, según lo interpretan y entienden Lira y el Tostado. Sobre la cual inteligencia preguntan muchos que porqué no le mostrarían también aquel horrible y sangriento conflicto en que se había de ver con la mujer de Putifar, pues no fue menos gloriosa la corona que había de merecer y alcanzar por medio de esta arriesgada lucha y fuerte batalla. A esto puede decirse que los demás trabajos, aflicciones, dichas y felicidades vistas en sueños no le podían dañar, porque como dijo san Gregorio y es muy común proverbio: “Los trabajos prevenidos y antevistos duelen menos y se padecen con más alegre semblante” [Apostilla: San Gregorio Hom. 15 en Evangelio]. Pero los cariños y halagos, los ruegos y solicitudes de

aquella deshonesto y desenvuelta mujer, con particular aviso dejó el Señor de mostrárselos en sueños; porque es materia tan delicada y pegajosa y es tan peligroso lance, que ni aun por sueños se ha de ver. Y si Dios, aun por sueños a los más inocentes y castos no les quiere enseñar estas luchas y batallas, cómo quieren los piadosos y despiertos lectores prometerse seguridad, donde los más puros y castos se vieran en peligro. Otros con el oficio de hipócritas se le dejaban ver en hábitos de ermitaños y religiosos; otros agigantados se vestían de soldados formando para adorno de sus cabezas plumeros y penachos del fuego y humaredas infernales. Todos estos aliados con otros innumerables que invisibles la atormentaban, peleaban con esta criatura de tierra y polvo. Ella se humillaba hasta los abismos y les decía: “Ea, si traéis licencia para quitarme la vida, pronta estoy a dar no sólo una sino mil vidas que tuviera, en defensa de la fe, de mi honra y por la salvación del mundo redimido con la sangre de mi señor Jesucristo”.

[301] A este reto humilde se cegaban de furor los enemigos y dejando los deshonestos e hipócritas sus oficios, tomaban todos el de sayones crueles, arrastrándola de los cabellos por el suelo, estrellándola contra las paredes y abrazándose con ella, la despedazaban entre sus dientes; y con sus forzudos brazos procuraban reventarle la hiel en el cuerpo, mientras otros la tenían asida con sus uñas por la garganta, para que le faltase el aliento, la respiración y la vida. Pero cuando más ahogada, volvía los ojos del alma a la divina misericordia que no sólo le conservaba la vida y la aseguraba de la perseverancia en su gracia, sino que también la alumbraba de varios pecadores del mundo para que le pidiese por ellos. Uno de estos fue cierta mujer mal amistada con un hombre poderoso. Vio Catarina las abominaciones de su mala vida y cuán cerca estaba de su extrema desgracia, porque le mostró la sabiduría divina que dos asesinos por orden de una persona ofendida y agraviada estaban resueltos a esgrimir el alevoso acero, cortando la cabeza de los hombros y quitando de un golpe la vida temporal y la eterna a esta desdichada mujer. Conoció la sierva de Dios lo infalible de la fatalidad en la noche de aquel mismo día de su visión, y arrastrada de su caridad y alumbrada de su Dios, se fue a su confesor y le contó lo que había visto y oído, rogándole procurase evitar esta desgracia porque no se perdiese aquella alma para siempre. El confesor, que tenía experiencia de que no eran sueños ni ilusiones las visiones de Catarina, se fue al señor obispo que entonces era, que informado y habiendo examinado con prudencia las circunstancias del caso, ordenó y dispuso que antes de que entrase la noche saliese de su casa, sin voluntad, la que era el sujeto de esta visión y durmiese depositada en otra de inmunidad.

[302] Fue la siguiente mañana a verla el confesor de Catarina y le preguntó que porqué la habían sacado de su casa y la habían puesto en el depósito en que se hallaba. Respondió que no sabía por qué. Que sería algún falso testimonio que le habría impuesto alguna envidia o emulación la causa de su pesar. Le dijo el confesor: “No te ha traído aquí, como presumes hija mía, falso testimonio ni emulación, sino quien desea tu bien y tu salvación, que ha procurado por este medio apartarte del evidente e instantáneo peligro en que estuviste de perder el alma con la vida, sin duda alguna”. Le certificó el riesgo en que estuvo, del que Dios la había librado. Le apuntó algunas circunstancias de su vida, la exhortó a que dejase la peligrosa en que se hallaba y se resolviese a entrarse en algún convento de religiosas, donde mejorase, enmendase y asegurase la vida del cuerpo con la del alma, sirviendo a nuestro Señor. De las razones que el confesor le dijo, entendió y creyó que ciertamente había andado la mano de Dios en su causa para defenderla y salvarla. Y agradecida y arrepentida se determinó a no volver a su vida perdida, ni a su casa; y valiéndose del dicho padre confesor, que era de mi religión, negoció el entrarse luego en un convento, como lo hizo dotándola el que había sido ocasión de su perdición, con que quedó templado el odio de los ofendidos y ella asegurada en la religión. Eran tantos los que se reducían a servir a Dios y dejar el mundo por la paciencia y clamores de Catarina, que reventaba de rabia y furor el infierno, sin saber qué hacerse para pervertirla o acabar con su vida, pareciéndoles que, si se conservaba en el mundo esta alma, se habían de desacreditar las delicias y vanidades de los mortales, de suerte que todos desamparasen este camino carretero del abismo; y así empleaban toda su ciencia, malicia y poder para pervertirla.

[303] El medio más frecuente era el valerse de las criaturas incitándolas a que la inquietasen y procurasen perderla. Unas intentaban sacarla de su retiro con pretexto de que se divirtiese y desahogase su corazón con el comercio y alegrías del mundo; otras apartarla de su recato, diciéndole que faltaba a la urbanidad y cortesía de las gentes huyendo y negando la mano a quien se la pedía; que si tenían los demás hombres y mujeres sarna pegadiza; que mirase que se lo notaban y se hacía singular; que se acomodase al trato común y a las costumbres de la tierra donde vivía; que con cristianos trataba, que creían y conocían a Dios y trataban de salvarse; que el darse las manos era señal de unión y argumento de caridad y amor al prójimo; y que esto le mandaba Cristo en su ley; que quién le había enseñado esta nueva doctrina tan ofensiva y desconocida de todos los demás; que era sin duda escrúpulo necio o embuste. Semejantes razones oía, para que no tratase a

todas de vuestra merced sino de tú o vos, que eran propias voces de amistad y prueba de unión y concordia; que todo lo demás era extrañarse, más para que la aborreciesen que para que la amasen y estimasen. Al mismo tiempo que los hombres y las mujeres letradas le daban estos consejos, estaba Catarina miran[do] con luz del cielo que se las estaba sugiriendo Satanás y que eran astucias y voces del infierno, para [quitados estos dos muros de defensa] tener paso franco a la conquista de su honra y de su alma. Pero sin darse por entendida de esta superior noticia, respondía a todos: “Vosotros sabéis mucho, yo soy una bestia bautizada en pie y no soy digna de vuestros besamanos, ni de vuestras amistades. Y así no sé guardar los mandamientos sino como me lo enseña mi confesor, que es para mí el intérprete de la ley y ese me tiene dicho que no le dé la mano, aunque me la pida el ángel de la guarda, si en forma humana se me apareciese”.

CAPÍTULO 26

PROSIGUE LA MATERIA DE SU PUREZA Y VENCE A LA SENSUALIDAD CON LA TRANSFORMACIÓN DE SU CORAZÓN Y ROSTRO

1. Cómo pretendió la fealdad de su rostro por asegurar la hermosura del alma

[304] Se mostraba Catarina tan cuidadosa del virginal recato que no sólo en el tiempo de su mocedad y niñez, sino que también en el de su ancianidad, atendía a la decencia y decoro de su estado y buscaba la seguridad en el encerramiento y retiro del bullicioso concurso de las criaturas, y con especialidad de la familiar conservación con los hombres, aunque sus visitas vinieran paliadas con especie y figura de religión y piedad. Y aunque la provocasen a ellas, con la nota y censura que el mundo ciego llama urbanidad y cortesía política, como si ésta no debiera fundarse en la razón y obligación cristiana que nos dicta y manda huir de los peligros y riesgos donde puede perderse con especialidad el alma; y ninguno más próximo que las frecuentes visitas y continua familiaridad entre los dos sexos. Así lo juzgaba esta sierva de Dios y así lo juzgaron y nos los dejaron escrito los santos: “Defenderé en todo tiempo (dice san Basilio) que cualquier hombre o mujer que afirmare que, de las demasiadas visitas y continua familiaridad entre los dos sexos no se le puede ajar la flor de la pureza, ni oscurecer el lustro de

la castidad; que no es hombre ni mujer, sino que es un portento nunca visto y el más maravilloso y raro que en imaginación de los mortales puede caer. Cuando acá hay un monstruo le traen por el mundo, de reino en reino, de ciudad en ciudad, de casa en casa, y salen todos a verle como a cosa prodigiosa; pues así se ha de traer al hombre que habla mucho con mujeres y a la mujer que habla mucho con hombres y no siente perjuicio en su alma, ni que puede adolecer su pureza, ni enfermar su castidad. Pero, ¿quién será éste? Y le alabaremos porque sin duda hace maravillas en su vida” Si alguna persona se le pudiera proponer a san Basilio, que fuese en medio de los fuegos de la concupiscencia salamandra, en medio de las salobres olas pez a quien no se le pegase la sal, y en medio de los arcos de la liviandad, rayo del sol que no se inficionase; quiero decir, que si se le hubiera de proponer a este santo algún objeto que como portento nunca visto, como monstruo raro y peregrino se podía llevar por el mundo para que fuese blanco de la admiración, era esta esclarecida virgen, tal que en lo natural parecía que le faltaba la raíz de la concupiscencia, de las pasiones e inclinaciones a todo objeto menos puro. Y así solía decir esta esclava de Jesús e hija de María cuando le manifestaba Dios los millones de millones de almas que se perdían arras-tradas de esta pasión, preguntando a su divino esposo: “Señor, ¿por qué se pierden tantos, pues gusto ni deleite no cabe en árboles helados y secos?” Y cuando hablaba con las criaturas que le decían que por qué huía tanto de los hombres y de sus conversaciones, no tenía otra razón que dar que el decir: “Porque me lo dicta mi conciencia así, y me lo manda el confesor”.

[305] Aun siendo tan pura, tan de nieve y tan azucena en lo natural y vivir tan prevenida, como tengo dicho, no dispensó el cielo con Catarina esta cruz, por ser esta tentación la guardajoya de la humildad y el palenque de batallas y coronas. Aquí lograron sus victorias las más puras vírgenes, como lo fueron las Ineses y las Cecilias; aquí aseguraron sus triunfos los confesores más penitentes, como los Jerónimos, que en los desiertos sin ocasiones y consumidos sus cuerpos a rigores, ardían en el fuego de la concupiscencia. Así lo permitió Dios en esta su querida esposa, porque asegurada su voluntad con una suave e incontrastable violencia de su divino poder, daba larga licencia al infierno para que la combatiese por sí y por las criaturas, con tanto furor y rabia que por instantes se veía obligada a clamar al cielo diciendo con san Pablo: “¿Quién me librá de este cuerpo?” [Apostilla: Epístola de san Pablo a los romanos 7], por parecerle que se pegaba al espíritu algún polvo de la tierra, por la unión que tenía con el cuerpo el alma. Y en estas ansias amorosas no le respondía su divino y poderoso

amante; antes bien para probar más su fineza y constancia, permitía nuevas olas de pensamientos y ocasiones de más terribles naufragios, para que con mayor cuidado le buscara y con mayor fervor le llamase. Como le sucedía a esta inculpable virgen, porque al paso que crecía el retiro de su amado y cuanto más combatida de tempestades, se aumentaba la llama del amor para con Jesús y se avivaba el deseo de encontrarle. Y en orden a conseguir este beneficio, se daba más de veras al ejercicio de las virtudes; y durando la tempestad volvía a la oración con lágrimas y suspiros, cual suele la cierva herida y sedienta correr al río para mitigar el ardor de la sed que la congoja.

[306] En una de estas ocasiones que se vio más acosada, se arrojó a los pies de su Dios, y poniendo por intercesora a su santísima madre le rogó con todo el afecto de su alma que pues la hermosura de los cuerpos humanos era aniquiladora común del universo y la pobladora del infierno, y que pues era la suya causa de sus mayores tormentas y ocasión de la ruina de tantas criaturas que ciegas la perseguían, perdiendo sus propias almas y poniendo a peligro su pureza; que la privase de la exterior belleza de su cuerpo haciéndola fea y vieja, porque no la inquietaran, ni se inquietasen los mortales, y que juntamente le quitase toda afición y amor a las cosas terrenas, para poder conseguir el fin de su creación, que era amar y servir a sólo Dios. Petición heroica en una mujer moza y celebrada, que afianza los quilates de su perfección y de su amor a las cosas eternas. Por mucho menos que esto son y serán aplaudidas hasta el fin del mundo en las historias, aquellas briosas y honestas matronas de Roma que se cortaron los cabellos para reparar los arcos con qué flechar las saetas y defenderse en el capitolio cercado de enemigos, que lo batían con varias máquinas y artificios de guerra [Apostilla: Vegec. l.3 de Re. Milit.]. Pues si el resolverse a vivir un breve tiempo sin el ornato y decoro del cabello que había de volver a crecer presto, acarreo a estas nobles matronas aplauso y celebridad, ¿qué aplausos no son debidos a esta resolución heroica de Catarina cuando se determinó a vivir en el mundo sin la hermosura de su cabello y sin las otras perfecciones de su rostro, por no ser ocasión, aun remota, de la menor culpa? Consiguió del cielo el cumplimiento de esta petición, para ejemplo y desengaño no sólo de las hermosuras verdaderas que considerando su cadáver se humillan y esperan, cuando el tabardillo, la perlesía, el aire o el tiempo las descompone y marchita, sino también de las bellezas pintadas, fingidas y aparentes, que creyendo lisonjas y admiraciones compuestas, se engríen, aplauden y envanecen, hasta verse holladas en las sepulturas.

2. Modo misterioso de la transformación de su corazón y favores especiales que recibió por medio de una imagen del Niño Dios

[307] Apenas hizo Catarina su petición cuando sintió y vio que se entraba en su pecho el divino esposo vestido de misericordias y resplandecientes rayos de luz, y que inclinándose al lado del corazón hacía allí asiento y morada donde se estuvo continuamente por espacio de tres días, mirándolo y reverenciándolo esta admirable virgen. Y se admiraba de ver al omnipotente tan humanado, que le parecía que entre suaves incendios de amor, se estaba regalando cual niño tierno con su madre, o cual honesto y soberano cupido con su querida y virginal esposa. Experimentó esta dichosa alma en los tres días indecibles gozos y consuelos; porque por momentos era bañado su corazón de avenidas de deliciosos gustos, que salían de la divina fuente y piélago de deleites. Le dio también conocimiento de que estaba su Majestad humanada consumiendo todas las aficiones terrenas, mudando las inclinaciones de la carne en cualidades de espíritu. Quedó finalmente su corazón con este favor como purificado, espiritualizado y transformado en espíritu, quemada con el fuego del divino amor o arrancada la raíz de donde brotan los resabios del libidinoso apetito. Y así mereció oír en esta ocasión de la boca de su Dios estas palabras: “Catarina, ya yo te he vencido el mayor enemigo. Vence tú a los demás con mi gracia”.

[308] Con este tan singular y nuevo favor, quedó como de nuevo tan amante de Jesús, que todo lo demás que no era Dios y su santísima madre [a cuya intercesión atribuía el beneficio] le daba en rostro. Todas las delicias y entretenimientos de las criaturas eran hieles que la amargaban; las músicas de la tierra le parecían desabridas, sus galas molestas, sus saraos penas, sus festines acíbares y todos sus gustos, tormentos. Suspiraba de día y de noche por su amado y el Señor le correspondía tan fino amante, que no permitió le inquietasen más las criaturas; y si tal vez puso alguno en ella los ojos con menos recato, aunque fuese sin intención torcida, se halló luego castigado del divino esposo que celoso la asistía y acompañaba, ya en forma de niño hermoso, ya de joven galán; unas veces sentado sobre sus hombros, otras veces en sus brazos, otras en su regazo, otras a su lado, ya la cabecera como médico celestial, ya en la calle como esposo amante, dándole músicas y comunicándole fragancias de sus divinos ungüentos y perfecciones y teniendo una como continua y amorosa conversación con su querida esposa, con tan particulares y extraordinarias finezas, que piden propios capítulos. Y baste por ahora decir que desde que recibió este favor, se verificó en ella lo que

dice el esposo en los cánticos de Salomón y a santa Teresa repitió Jesús: “Que se deleita con las vírgenes, como con rosas y azucenas; y que son sus almas jardines amenos de flores y virtudes, con que se desenoja de los pesares que le dan con sus culpas los hijos de los hombres”.

[309] Cuando le oí el favor singular de la transformación de su corazón, me puse a considerar cuán perfecta sería en el mundo esta regalada y esclarecida virgen; pues el corazón, que es principio de la vida, lo tenía tan libre de las inclinaciones de la tierra como se significaba en la transformación, en que siendo de carne y sangre se le representaba como espiritualizado con la virtud sobrenatural del divino amor. Y penetrándome el pensamiento como fuera de sí, me dijo: “Que la materia de su corazón no parecía de carne, sino de resplandores; y que así se le representaba cuando se le ofrecía a su amado”. Y preguntándole que cuándo se le ofrecía a Jesús, me respondió refiriéndome varios favores que recibía y había recibido; y algunos de ellos son los siguientes.

[310] Ya tengo informado a vuestra reverencia (dijo esta sierva de Dios) que deseosa de buena disposición para recibir a mi Señor y todo mi bien sacramentado, ruego a su santísima madre que purifique, lave y adorne mi corazón con las virtudes y gracias que le recibió en sus purísimas entrañas. Y como se lo pido lo ejecuta su clemencia y piedad, porque luego me lo muestra en sus santísimas manos, y ofreciéndosele al fruto bendito de su vientre, le coge en sus manos y se lo aplicaba al pecho. Y en todas estas ocasiones advierto y veo que no es mi corazón de carne, sino de luces, rayos y resplandores, tan delicados, que no hallo cómo explicarlo sino con la semejanza de lo espiritual, por ser un objeto muy desacostumbrado a los ojos del cuerpo. Y en la misma forma se me representa mi corazón, cuando transformado en una niña agraciada, sale a recibir el corazón de Jesús, transformado también en un hermoso niño; y estando los dos como entreteniéndose, advierto yo que estos corazones o niños son de otra materia, que no puedo explicar sino es valiéndome del símbolo de la luz y resplandor. Lo mismo me sucede cuando veo que va bajando el divino esposo de la boca al pecho y que mi corazón se transforma en una como nube de resplandores, donde se acoge y se engasta la Majestad humanada; no porque mire yo nube, ni resplandores, sino porque son cosas tan extraordinarias a la vista, que sólo con los jeroglíficos de la luz y semejanzas del espíritu puedo manifestar algo de lo que está en mi entender.

[311] Vi en otra ocasión (prosiguió Catarina) a la poderosa reina del empíreo encumbrada en el majestuoso trono de la suprema majestad al lado

de su santísimo hijo, y le hice el mismo ruego de que purificase mi corazón. Y luego esta soberana princesa de los cielos extendió su brazo y me sacó del pecho, con una dulce violencia, el corazón; y vi que teniéndolo en sus divinas manos, lo estaba como lavando y purificando, hasta que quedó a manera de una luz cristalina o cristal purísimo, vestido de resplandores. Y entonces se lo presentó a su hijo, y el Señor le cogió con amor y cariño, y le aplicó al lado de su corazón, como que se estaba regalando con él. Y oí que alargando su omnipotente brazo el padre eterno, dijo: “Venga ese corazón, que yo también le estimo y le quiero”. Y aunque se desapareció luego la visión, quedó mi corazón lleno de amor, de gozos y consuelos, y como sin corazón de carne. En otras ocasiones —añadió esta favorecida alma— he visto mi corazón en las manos de Jesús, como entreteniéndose festivo con él. Y yo solía decirle: “Señor, pues tú te alegras con mi corazón fuera y dentro del pecho. Dame el tuyo, para que yo también me regale y consuele”. Y luego me hallaba con su corazón en las manos o dentro de mi pecho, recibiendo con su presencia y contacto, inexplicables y sabrosos regalos. Era tan ordinario este trocarse los corazones Jesús y Catarina, que llegó a ser cotidiano, viendo su corazón aun en las imágenes del Señor.

[312] Tenía un niño Jesús vestido de pastorcito, algo desproporcionado y en nada hermoso, por lo cual el señor general don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, caballero de la orden de Santiago, comisario de la caballería de Castilla la vieja en el ejército de Badajoz, y después gobernador y capitán general en Cumana y en las provincias de Yucatán, y actualmente general de la artillería en Orán asediada de la innumerable morisma, benefactor insigne y hermano de la Compañía de Jesús con patente de nuestro muy reverendo padre general Carlos Noyele, bienhechor también de esta esclarecida virgen, que lo tuvo presente en sus oraciones mientras le duró la vida, y lo mismo será en la eternidad donde están en su perfección las virtudes del agradecimiento y caridad. Este caballero, a este pastorcito, por ser efigie de nuestro redentor y presea de Catarina, lo hizo renovar y perfeccionar, adornándolo con ricos vestidos; y así mejorado se lo volvió a esta sierva de Dios que experimentó con él por muchos años cuán fiel amigo se muestra Dios con sus criaturas. Por medio de esta imagen, como si fuera viva, hablaba y consolaba a esta esclarecida virgen en sus enfermedades, tribulaciones y martirios en ella. Al levantarse y al acostarse Catarina ofrecía a su Majestad su corazón, diciéndole que se lo guardase, porque ella no sabría ni podía guardarle. Y el Señor le respondía siempre, mostrándole en sus manos el corazón que le ofrecía, diciéndole que guardado y asegurado

le tenía desde que trocaron los dos sus corazones, para que viviese Catarina en el corazón de Jesús, y Jesús en el corazón de Catarina. Esta demostración del Niño Dios en esta efigie duró por mucho tiempo, repetida muchas veces cada día. Cesó porque dieron en pedirla muchos enfermos y necesitados, y hallando en ella el remedio, la acreditaron de prodigiosa. Y yo por evitar en sus nuevos milagros algún riesgo de humanos aplausos en esta humilde esclava de Jesús, le pedí la imagen y la tuve guardada y escondida algunos años, huyendo de los ruidosos tumultos y peligrosos inconvenientes que suelen ocasionarse en el pueblo novelero con el abuso de cosas extraordinarias, aunque sean buenas y santas. Pero ya olvidada esta imagen la coloque en el altar de santa Rosa, que está en nuestro colegio del Espíritu Santo, con el rico adorno de vidrieras y alcachofas, que en su capilla se ven a expensas de don Astasio Coronel y Benavides, y de su consorte, doña María Henríquez, y de don Pedro Hurtado de Mendoza, que son los caballeros a quienes debe también el altar e imagen de Nuestra Señora de Loreto, que está en el mismo templo, los cristales y todos los hilos de perlas finas que le hermocean y enriquecen. Finalmente, desde que Jesús tomó posesión y puso su trono en el corazón de esta su querida esposa, el amor que le comunicaba causaba varias y muchas transformaciones en él, y experimentaba su dichosa alma maravillosos efectos; y fue muy singular el siguiente.

3. Prosiguen los maravillosos efectos de la transformación de su corazón, mudanza de su rostro y cómo salió vencedora del enemigo de la sensualidad

[313] Luego que recibió Catarina el favor de la transformación de su corazón, se halló con ansias y deseos de traer un retrato de Jesús sobre él, en señal de dominio, cual es la marca que se pone al hierro con que se notan los esclavos. Y es lo que quiso decir el esposo santo a la esposa [Apostilla: Cánticos 8] cuando le encargó le pusiese como sello sobre su corazón, para que se mirase siempre como suya, sin tener otro dueño, no sólo porque la había criado, sino porque la había comprado con su sangre. Mostró Dios que estos deseos de Catarina eran efectivos de la transformación de su corazón y ordenados de su divina providencia, porque abriendo una caja y entrando la mano para sacar un paño, le pusieron en ella una lámina en que estaba pintado JESÚS NAZARENO, muy acomodada para traerla pendiente al cuello y que cayese sobre el corazón. Como lo hizo persuadida que había sido dispuesto así por la providencia del amor divino, que quería estampar e imprimir en el corazón de su sierva admirables virtudes, o para que se

arraigasen y creciesen las que le había comunicado en la pasada transformación y que le sirviese de recuerdo a su memoria, para no olvidarse de Dios, ni perderle de vista, ejecutando Catarina lo que ofrecía a su esposo la otra alma santa en los Cantares [Apostilla: Cánticos 3], donde le promete asiento sobre el corazón y en su pecho, y que no perdiera de vista su retrato, para que viva siempre en su pensamiento y que esta memoria será para ella ramillete de mirra, que la dilate y conforte.

[314] Esto cumplía con fineza Catarina, trayendo una continua presencia y comunicación con este retrato de su divino amante. Y como el amor es transformación mutua de los que se aman, hallaba esta sierva del Señor en este retrato el retorno del amor que le tenía su amado, experimentando que, así como Dios vivía y moraba en la memoria, entendimiento y voluntad de Catarina, así ella moraba y vivía en el entendimiento de su divino esposo. Cuando Catarina se quejaba de la ausencia de su Dios, le respondía el Señor en este retrato, diciéndole: “¿De qué te quejas, no estoy aquí contigo? ¿No me ves? ¿No me sientes? ¿No me oyes?” Cuando Catarina hablaba con María Santísima y otros santos en sus imágenes, solía oír voces como nacidas de esta lámina, con que el Señor, como celándola le daba quejas, diciendo: “¿Y a mí cómo me olvidas? ¿Cómo no me hablas? ¿Cómo no me acaricias? ¿Cómo no me pides?”. Procuraba Catarina poner este retrato sobre su corazón de suerte que el rostro del Señor mirase hacia fuera, porque no se manchase con el sudor del cuerpo, y la imagen volvía luego su rostro hacia dentro. Y esta porfía amorosa duró toda la vida, porque esta esclava de Jesús no quería manchar el retrato de su dueño, ni con el alma, ni con el cuerpo; y su divino amante por ver la limpieza de su esposa, no quería, y como que no podía, divertir de su corazón la vista.

[315] Con este beneficio de la transformación de su corazón, le comunicó el Señor el otro de la transformación de su rostro, porque en breve tiempo se fueron poco a poco secando y consumiendo sus carnes, y se mudaron las facciones de su rostro. Se enturbió el cabello y se achinó el color del rostro, de suerte que más parecía vieja, que niña; más fea, que hermosa; mas retostada china, que blanca y rubia mogora; más india avellanada de las muy tostadas del Occidente, que blanca y hermosa Oriental de los confines de la feliz Arabia. Si bien quedó siempre muy venerable su rostro y su espíritu sin sentir ya rebeldías de la carne, le parecía que había quedado como sin libertad y atada de pies y manos; y tan muerta, que no podía tener aliento para ofender a su amado. Todas sus aficiones eran de sólo Dios. A él sólo amaba, a él sólo buscaba y en su Majestad sólo descansaba; su memoria

la regalaba, su presencia la satisfacía. Quedó tan rendida a su redentor y tan subordinados sus sentidos y potencias a la razón, que no podía traer a la memoria otro bien sino el inmenso, ni pensar ni querer otra cosa, ni hablar sino es de su divino amante. Mudado el rostro de Catarina, le dio Dios deseo de verse, y manifestando a su esposo el pensamiento, le dijo: “Mírate en mí”. Miró y vio en el divino pecho la cara de una niña hermosísima, y admirada con el objeto de tanta belleza, le replicó inocente: “¿Pues cómo, Señor, me dicen todos que parezco china, fea y vieja, si soy tan blanca y tan hermosa?” Entonces le quitó el Señor una como máscara del rostro y se vio en sí tan fea y vieja, como parecía china. Y olvidada de lo que había pedido, volvió a repreguntar al Señor que porqué le había puesto aquella fea máscara. A que respondió su Majestad, cariñoso: “Porque nadie ponga en ti los ojos, que fue lo que tú me pediste para ser sólo de mí querida”. Consiguio finalmente Catarina victoria del mayor enemigo en multiplicadas batallas y coronó sus triunfos con despreciar y perder la hermosura de su rostro, en que se idolatran las mujeres, por conservar la belleza de su espíritu, y por eso habitó Jesús en su alma como rey, como padre y como amante.

[316] Para celebrar estos vencimientos se habían de recoger todas las rosas y azucenas de los jardines del Oriente y todas las flores de los dilatados campos del Occidente. Para este triunfo se había de fabricar un triunfal carro, en que fuese mostrada a todo el mundo como domadora de monstruos y triunfadora de vicios esta maravillosa virgen. El haberse resistido Joseph a su ama y dejándole en las manos la capa, le ensalzó al más alto esplendor de su gloria. Pues cuán entronizada y gloriosa debe aplaudirse nuestra Catarina en tan multiplicadas victoriosas, resistiéndose no una, sino muchas veces a los que la pretendían para esposa o para mujer profana. Tuvo que vencer Joseph por la resistencia honesta las cadenas, las prisiones y todo lo que pudo una mujer irritada y poderosa. Catarina sufrió y padeció las rabias y furias de otra mujer agraviada, sobrecelesa en Cochin; sufrió también las prisiones, los azotes y las puntas de crueles aceros, viéndose muchas veces bañada en su sangre inocente. Joseph, aunque mozo, se había criado en la casa de su santo padre Jacob con buenos consejos y le había confortado e instruido el cielo con misteriosos y divinos sueños. Catarina triunfó del amor ciego y del poder del mundo, del Demonio y de la carne siendo mujer, siendo niña, nacida entre las espinas del gentilismo y criada entre piratas y chusmas de marineros; comenzando las luchas y las peleas desde los nueve años hasta los diez y ocho o veinte, en que quedó vencedora. Dejó Joseph la capa en la demanda; Catarina dejó libremente la

cara y su singular hermosura, que es la dote y todo el tesoro de una mujer. Joseph se quedó con su gentileza; Catarina por salir victoriosa se condenó a vivir con una máscara fea y vieja y achinada. Joseph tuvo lugar de huir el riesgo; Catarina venció muchas veces las batallas de su honra impedida y maniatada. Joseph salió triunfante en una ocasión; Catarina permaneció constante y vencedora en una continua, larga y sangrienta guerra. Mereció Joseph que en todos los tiempos se celebre su victoria y su triunfo; pero los triunfos y glorias de esta esclarecida virgen con admiraciones sólo pueden el universo aplaudirse. Las aplaudió el cielo muchas veces apareciéndosele en las batallas Jesús y María, los ángeles y los santos, con palmas, ramos, rosas, flores y azucenas en las manos, siendo testigos de sus peleas y celebrando sus victorias con singulares alabanzas y calificaciones de la valentía y belleza de su alma. Como se verá en el discurso de esta historia.

CAPÍTULO 27

PROSIGUEN LOS TRIUNFOS DE SU PUREZA Y CÓMO FUE CASADA, VIUDA Y VIRGEN

1. Motivos con que le trataron un casamiento y turbaciones que causó en su alma esta propuesta

[317] Incomprensible y admirable es Dios en sus juicios, pues para fines altísimos escoge muchas veces medios al parecer encontrados. Decretó en la eternidad nacer de María Señora Nuestra desposada con san Joseph, conservando en el estado del matrimonio la pureza de la virginidad en entrambos. Decretó también sacar de entre los cambrones de la idolatría a esta prodigiosa niña para su esposa querida, conservando los candores de su pureza, como conservan su hermosura y fragancia la rosa y la azucena entre las espinas. Para este fin parece que entró en su pecho purificando y como espiritualizándole el corazón en la victoria de la sensualidad, que tengo referida en el capítulo antecedente. Y después de todo esto permitió el Altísimo que se casase, no por su voluntad, sino por dirección y mandato de sus padres espirituales. Pues casarse la que es virgen no es medio sino peligro para conservar la integridad del cuerpo y la limpieza del alma. ¿Qué fin tendría la Omnipotencia en que esta su esposa fuese virgen y casada? Esto quiere su Majestad que se ignore y que se reserve a su sabiduría